

EL ALMA DE LAS COSAS

Irene Gracia

Ilustraciones de la autora

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Irene Gracia, 2014

© De las ilustraciones del interior y cubierta, Irene Gracia

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

www.siruela.com

ISBN: 978-84-16120-61-1

Depósito legal: M-10.271-2014

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

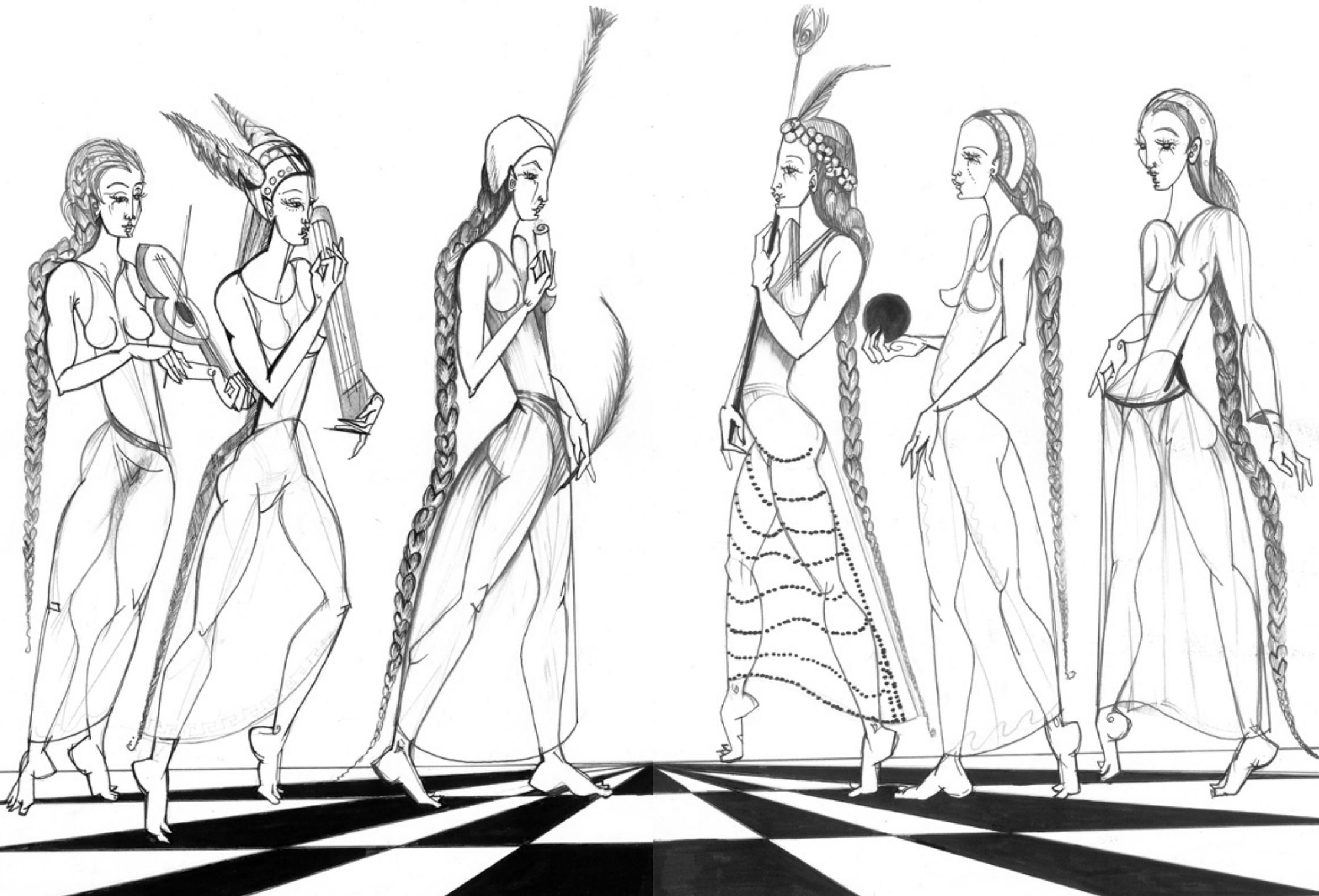
 Siruela

Las Tres Edades

*Para Eugenia Matarranz Grande,
lectora del futuro.*

1

BELISA



Soy el menor de los siete hijos del conde Chamissot y tenía ocho años cuando estalló la Revolución francesa. Siempre recordaré la noche ululante en que mi familia y yo huimos del palacio Boncourt, librándonos de la cortante caricia de Madame Guillotina.

La Revolución fue mi liberación. Por paradójico que parezca, aquella revolución fue mi buena mala suerte, porque me liberó de la ausencia de unos padres crueles, de la presencia de una institutriz despiadada, y me permitió escapar del palacio de las torturas y las lágrimas.

Mi familia y yo partimos del viejo feudo de Champagne y vagabundeamos por el mundo, hasta que en Berlín logramos entrar en contacto con la corte prusiana. A mis quince años fui nombrado paje de Federica Luisa, la reina consorte de Federico Guillermo II, la cual tenía una prima lejana y arruinada llamada Belisa, dama soltera sin descendencia que se encariñó de mí. Como la reina estimaba a su lánguida prima, permitía que acompañase a Belisa siempre que la princesa lo solicitase, de forma que pasaba más tiempo junto a su dama que junto a mi reina.

Belisa tenía una edad difícil de precisar y poseía esa elegancia austera y ausente que caracteriza a los melancólicos: la elegancia de quienes ya no desean poseer nada

ni gustar a nadie, y la única joya que lucía siempre era un collar de conchas de plata.

La princesa pasaba el día enclaustrada en su alcoba, y solamente salía de la cama para ver el atardecer y el amanecer. Yo solía acompañarla en sus paseos diarios y silenciosos, tanto en verano como en invierno, y contemplábamos juntos la última luz que se proyectaba sobre los árboles nevados o en las aguas del río. En los días de lluvia o nieve paseábamos por los jardines y los alrededores del palacio, y cuando atravesábamos alguno de los puentes sobre el río Spree y nos alejábamos de los recintos palaciegos, el rostro de Belisa solía iluminarse de forma especial.

La princesa me trataba con distante exquisitez. No era una mujer sonriente, pero siempre tenía una mirada amable para mí. Su serenidad se parecía a la calma posterior a la tormenta, su resignación era la de quien solo ha deseado «el Absoluto», y al final se resigna. Mientras paseábamos no solía dirigirme la palabra, pero siempre me repetía el mismo consejo de despedida: «¡No crezcas, Adelbert! No envejecas mientras puedas, mi dulce doncel. Quédate a vivir en el espacio mágico en el que estás ahora mismo».

Al principio me desconcertaban aquellas palabras de despedida, tan emotivas como autoritarias, que la princesa me repetía como una letanía a la hora crepuscular. Era su única manifestación de cariño y su única orden. No acababa de entenderla. En aquella época diáfana y esperanzadora como la aurora, yo era un agraciado muchacho muy alto para mi edad. No podía encoger, ni lo pretendía, y estaba deseando hacerme mayor para materializar todos mis sueños, que eran deliciosamente insensatos. Empezaba a escribir mis primeras poesías y planeaba iniciar la carrera militar. Deseaba alternar la pluma con la espada. Aspiraba a triunfar con mis poemas y mis hazañas. Quería ser un poeta, pero también un héroe.

Belisa y yo intimamos de forma especial durante los dos años que residí en el palacio, provocando los celos de mi madre y el recelo de la reina. Los cortesanos creían que yo había despertado el instinto maternal de la princesa soltera. Decían que manteníamos una extraña relación materno-filial. Aunque los más viperinos comentaban que nuestro vínculo era más incestuoso de lo que parecía, y la silenciosa amistad entre «la solterona solitaria y el joven paje» estaba en boca de todo el mundo. Se trataba de habladurías que apenas tocaban la verdad, pues a Belisa y a mí nos bastaba mirarnos para entendernos. No necesitábamos hablar para comunicarnos porque entre ella y yo existía ese entendimiento inmediato y profundo que solo se suele dar entre almas gemelas que probablemente se han conocido en otras vidas, y que semeja la simpatía inmediata entre los planetas, las estrellas, las aguas, las plantas, las músicas y las fragancias.

Siguiendo la tradición de los pajes reales, dos años más tarde ingresé como cadete en la milicia e inicié mi nueva vida como abanderado del ejército de Berlín. Recuerdo perfectamente nuestro paseo de despedida, antes de salir de la capital. Era una tarde gris perla de estío, y acabábamos de cruzar el puente del Príncipe Elector, para encaminarnos a la orilla derecha del Spree, donde se desplegaba el barrio favorito de Belisa. Entramos en San Nicolás para santiguarnos con agua bendita y acto seguido nos detuvimos ante una tienda diminuta ubicada detrás de la iglesia. Se trataba de un espacio deshabitado y conformado por un cuadrado perfecto de dos metros y medio de ancho por dos metros y medio de alto, y a través de los cristales cubiertos de polvo se podían vislumbrar los tapices de telas de araña que lo cubrían y que indicaban que ningún ser humano había cruzado el umbral de la puerta en muchos años.

El local todavía conservaba el espléndido y desproporcionado reloj que sobresalía de la fachada, a modo de

letrero redondo, donde estaba rotulado el nombre de la platería:

EL TIEMPO DE PLATA

Joyas semipreciosas.
Se cambian alhajas.

En otra época, la platería abría todos los días de la semana, incluidos los domingos y festivos. El horario de la tienda era irregular: el orfebre se regía por la luz solar y abría su joyería con el amanecer y la cerraba al anochecer. Por esa razón, la platería permanecía más tiempo abierta en verano que en invierno.

Observé que las manecillas del «reloj-anuncio» se habían detenido a las doce horas de un mediodía o una medianoche. Belisa suspiró con nostalgia por su vida pasada, y me miró como si fuera una adivina y añorara el futuro que veía en los globos cristalinos de mis ojos. Fue entonces cuando me contó la historia que cambió su destino.

2

PLATÓNIDES